

DE BUENAS LETRAS

JOSÉ IGNACIO FERNÁNDEZ DOUGNAC

De la Academia de Buenas Letras de Granada

¿Quién puede matar a un niño?

Después del partido entre España y Bélgica, TVE repuso '¿Quién puede matar a un niño?' (1976), para conmemorar sus cincuenta años. La película sigue resultando tan terroríficamente veraniega como angustiosamente soleada y sudorosa. Fue la segunda y última de Narciso Ibáñez Serrador, después de 'La residencia' (1969). Lo impactante del título se acrecienta con los años y dudo mucho que hoy se pueda rodar algo así de provocador y perverso, aunque encierre el ineludible trasfondo social y ético que desprenden los fragmentos documentales de los créditos iniciales. ¿Todo el drama es fruto de una espantosa venganza, mortal y ontológica, de los niños hacia los adultos? Acaso la respuesta al enigma esté en las imágenes que abren la cinta.

Nos encontramos, como ya se ha resalta-do, ante un inteligente cruce entre 'Los pájaros' (1968), especialmente, y ciertos destellos de 'El pueblo de los malditos' (1966), de K. Rilla. Lo mismo que la nana de Waldo de los Ríos se inspira en la de Komeda para 'La semilla del Diablo' (1968), que también deja aquí su siniestra simiente. Pero lo realmente atractivo es cómo el director hace suyas las palpables influencias ajenas y, sobre todo, cómo solventa los problemas de un guión que, basado en un relato de Juan José Plans, en ocasiones resulta ingenuo. El trance lo supera mediante una puesta en escena eficaz y creativa, pese a sus inevitables 'tics' sententeros. Como ocurre tantas veces, el soporte literario, por sí solo, es muy distinto a la escritura definitiva con la cámara.

La admiración de Chicho por Hitchcock ya se reflejaba en el formato de aquellas legendarias 'Historias para no dormir', que prolongaban, a su modo, los episodios televisivos que realizó el mago del suspense entre 1955 y 1965. Destaco sólo algunos momentos de la película que contribuyen a crear esa atmósfera insana, dominada por una luz solar y agobiante –magnífico, por indispensable, José Luis Alcaine en la fotografía–, y a convertir la inocencia en un factor inquietante. Dos planos: el del dedo señalando una isla que no aparece en el mapa y el de esos pollos, desplumados y negros, dando vueltas dentro de un horno sin llama. Y una secuencia: la que ocurre dentro de la iglesia, que de inmediato recuerda a los modos de otro contumaz irreverente, don Luis Buñuel.

Narciso Ibáñez Serrador no hizo más largometrajes que los dos citados. Como él mismo confesó, su prometedora carrera cinematográfica fue destruida por un monstruo llamado 'Un, dos, tres'. Este mismo monstruo es el que, con muy diferentes nombres y aspectos, va devorando, fríamente y sin pudor, el cine.